

UTILIDAD DE LAS MONOGRAFÍAS

PARA EL CABAL CONOCIMIENTO DE

LA HISTORIA DE ESPAÑA

~~~~~  
DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

en la recepción pública del

EXCMO. SR. D. LUIS VIDART

EL DÍA 10 DE JUNIO DE 1894



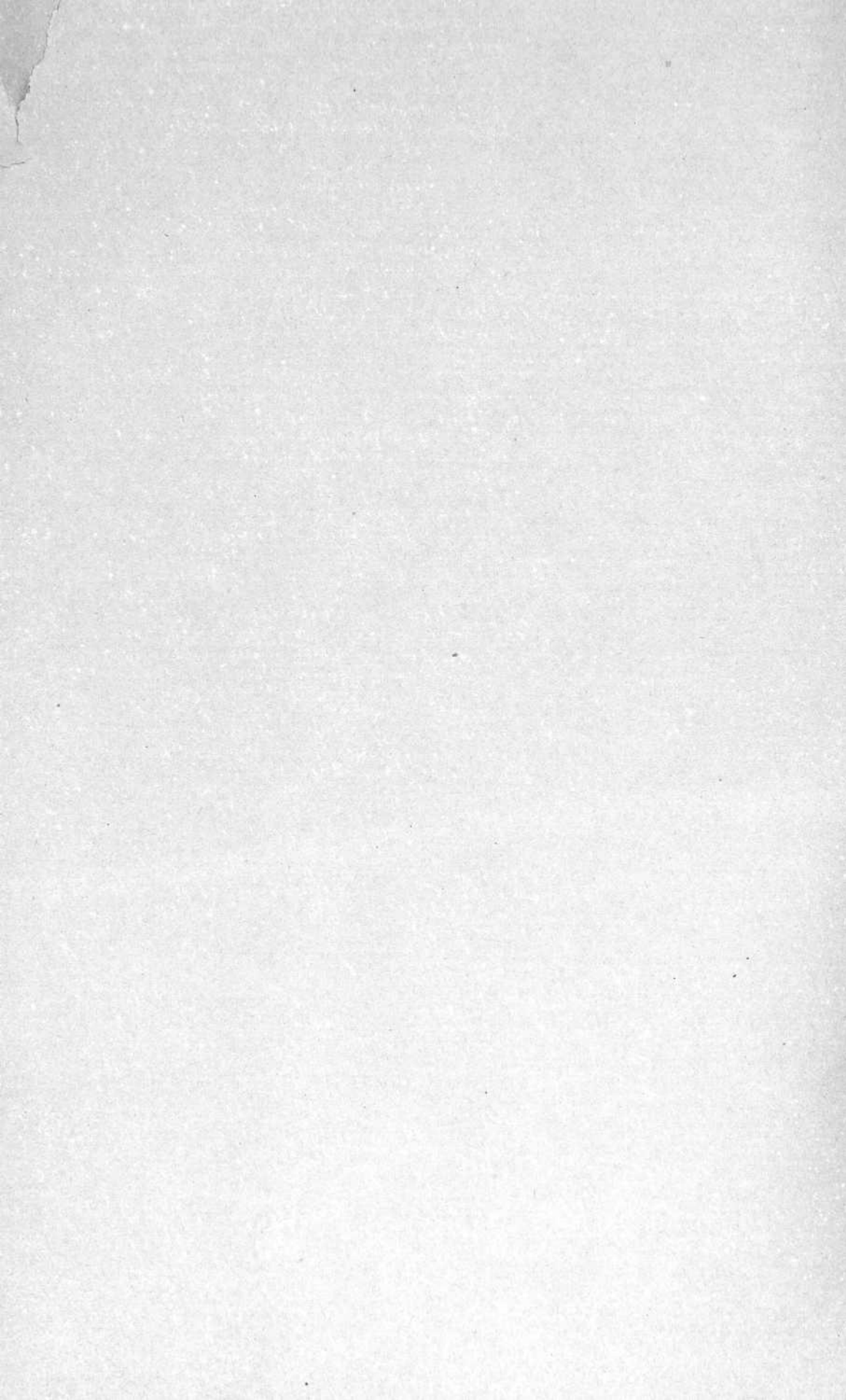
MADRID

TIPOGRAFÍA DE SAN FRANCISCO DE SALES

*Pasaje de la Alhambra, núm. 1*

1894

G-F 8140



DECL  
A

UTILIDAD DE LAS MONOGRAFÍAS  
PARA EL CABAL CONOCIMIENTO  
DE LA HISTORIA DE ESPAÑA



R. 101450

CB. 1169247

t. 110339



UTILIDAD DE LAS MONOGRAFÍAS

PARA EL CABAL CONOCIMIENTO DE

# LA HISTORIA DE ESPAÑA

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

en la recepción pública del

EXCMO. SR. D. LUIS VIDART

EL DÍA 10 DE JUNIO DE 1894



MADRID

TIPOGRAFÍA DE SAN FRANCISCO DE SALES

*Pasaje de la Alhambra, núm. 1*

1894





## SEÑORES ACADÉMICOS:

La costumbre, cuando es buena, debe respetarse; y así lo hago yo en estos momentos al manifestar mi gratitud á la Academia de la Historia por haberme designado para ocupar la vacante de Académico de número que en ella existía á causa de la sentida muerte del Excmo. Sr. D. Vicente Vázquez Queipo. Sin duda la Academia ha querido premiar con la honra que me concede, no lo poco que he podido hacer en pro del conocimiento de la Historia de España, sino más bien lo que he intentado, ó lo que he promovido, consiguiendo, acaso, que la atención de las gentes se fijase en problemas históricos que nunca habían traspasado los límites de las controversias eruditas, y que requerían para ser resueltos el concurso de todas las personas medianamente instruídas, y aun el de las multitudes indoctas; porque la verdad científica sólo puede decirse que ha triunfado, cuando está aceptada como tal verdad, no sólo por los sabios, sino hasta por los ignorantes que sean capaces de comprender los términos de su enunciado. No por hacer alardes de modestia, que en ocasiones dejan ver la más repulsiva vanidad, como

el desgarrado manto del cínico, por cuyos agujeros se veía la soberbia del extraviado filósofo; no por hacer alardes de modestia, sino para exponer hechos de todo punto exactos, he de decir que, no considerándome con fuerzas suficientes para averiguar noticias desconocidas en el estudio de la Historia de España, he limitado siempre mis tareas á divulgar las verdades que la asidua labor de sabios y eruditos había ya puesto en punto de evidencia, y que, sin embargo, estaban tan olvidadas que, al proferirlas de nuevo, sonaban á paradojas inventadas para llamar la atención pública sobre quien, pretendiendo ser propagandista de ideas ajenas, se encontraba transformado en originalísimo creador de inauditas novedades.

Siguiendo también otra costumbre, tan digna de respeto como la que al comenzar he recordado, cúpleme ahora hacer el merecido elogio de mi antecesor en la plaza de Académico que vengo á ocupar. Las materias en que más ejerció su pluma el Sr. Vázquez Queipo, las Matemáticas puras y sus aplicaciones al comercio y á la administración pública, no me son conocidas con la necesaria amplitud para que yo pueda emitir juicios por cuenta propia acerca del mérito de la mayor parte de sus obras; y hasta una de las dos en que trató de asuntos históricos, su *Essai sur les systèmes métriques et monétaires des anciens peuples, depuis les premières temps historiques jusqu'à la fin du khalifat d'Orient*, requeriría para ser analizada muy especiales estudios, á los cuales yo nunca me he dedicado; pero suple con ventaja la opinión personal que yo habría de exponer aquí el autorizadísimo voto del Instituto de Francia, que concedió á dicho libro, en el año de 1860, el primer premio de Numismática, y que abrió á su autor las puertas de aquella docta Corporación, en calidad de Socio correspondiente.

El discurso académico del Sr. Vázquez Queipo referente á la historia de la interpretación de los jeroglíficos egipcios



y de las inscripciones cuneiformes, puede presentarse como una prueba del acierto con que discurría su autor al decir, en sus conversaciones familiares, que el estudio de las Matemáticas era la mejor disciplina del entendimiento; porque en el citado discurso brilla como primera cualidad el rigor y lógico encadenamiento de las ideas, que en sus páginas se consignan; es la obra de un matemático, como lo era el señor Vázquez Queipo, habituado á caminar con pies de plomo cuando se tratan de imponer como verdades los principios que se quieren deducir de hechos, no del todo comprobados, ni mucho menos evidentes. Las hipótesis son utilísimas en la Ciencia, pero á condición de no pretender transformarlas en verdades axiomáticas.

Pocos, muy pocos son los españoles contemporáneos nuestros que han logrado traspasar con su renombre científico las fronteras de nuestra patria, y entre estos pocos se cuenta el Sr. Vázquez Queipo, laureado por el Instituto de Francia, y que halló en París lo que probablemente no hubiese encontrado en Madrid, un editor, la casa Dulmont y Dunot, que le imprimiese y publicase su *Essai sur les systèmes métriques et monétaires des anciens peuples*. No es, por lo tanto, aventurado afirmar que el mérito como escritor científico del Sr. Vázquez Queipo ha de ser grande, cuando le alcanzó fuera de su patria la pública estimación y los honores oficiales, que, como regla general, tan sólo por razones de rigurosa justicia se conceden á los extranjeros.

Como por la mano he llegado al tema que me propongo tratar en esta disertación, porque, ya se habrá observado, el Sr. Vázquez Queipo sólo empleó su pluma de historiador en escribir dos monografías, y creo yo que en la época presente acierta y merece alabanza quien emprende este género de trabajos históricos, que son la base necesaria y el único medio para que, andando el tiempo, pueda llegar á constituirse la ciencia de la Historia.

Suele decirse que el conocimiento científico se divide en Filosofía, conocimiento de lo general, de lo permanente, de lo eterno, é Historia, conocimiento de los hechos, ya en los que toman parte los seres humanos, á que se da tradicionalmente el nombre de Historia, ya los que se verifican en el seno de la Naturaleza, á que se da el nombre de Historia Natural; pero entiendo yo que hay tanta compenetración entre lo general y lo concreto ó determinado, entre lo permanente y lo transitorio, entre las ideas y los hechos, porque al fin y al cabo las ideas son hechos intelectuales, y los hechos, si en ideas no se transforman, desaparecen de la conciencia individual y de la memoria de las generaciones; me parece, repito, que de tal modo se compenetran el conocimiento filosófico y el histórico, que no hay Filosofía posible sin el conocimiento de la Historia; que no hay Historia, que como ciencia pueda considerarse, sin el conocimiento de principios filosóficos que coronen la obra del diligente investigador y del aplicado erudito.

En mi humilde opinión, el conocimiento de los hechos realizados, ó en que han tomado parte los seres humanos, se podrá llamar Historia, pero no ciencia de la Historia; porque, como decían los escolásticos realistas, en lo contingente y transitorio no cabe conocimiento científico. Ser inmutable y eterna, éste es el carácter de la verdad; y la Ciencia no es otra cosa que el conjunto de las verdades conocidas y orgánicamente enlazadas entre sí por la inteligencia reflexiva de los seres humanos.

Sin duda que lo que acabo de decir sonará á Filosofía anticuada en los oídos de ciertos positivistas dogmáticos, que resumen todos los progresos de la ciencia contemporánea en esta rotunda afirmación: *Toda verdad es relativa*, cayendo en lo que suele llamarse, en buena lógica, un círculo vicioso; porque negando á la inteligencia humana la posibilidad de conocer la verdad absoluta, esto es, la verdad que ha sido,

es y será en todo tiempo y lugar, se acepta con el carácter de axiomática la proposición antedicha, *toda verdad es relativa*, que de ser verdad, no cabe duda que sería una verdad absoluta.

Parecerá que estoy muy lejos del asunto que he de tratar en esta disertación: *Utilidad de las monografías para el cabal conocimiento de la Historia de España*; pero aún creo necesario añadir algunas consideraciones para contestar á dos clases de reparos que suelen hacerse á los estudios históricos. El vulgo, empleando esta palabra en el sentido que Cervantes explicaba, el vulgo acostumbra á decir que nada valen los argumentos fundados en los hechos históricos, porque la Historia es un arsenal en que hallan armas todas las opiniones y todas las escuelas conocidas y por conocer. No ya el vulgo, sino personas consagradas al estudio, dicen que la Historia no puede constituirse como ciencia, porque el libre albedrío de los seres humanos excluye la idea de ley, ó mejor dicho, excluye la posibilidad de sujetar á reglas fijas é invariables las manifestaciones de la actividad humana.

Claro es que, de ser exacto lo que el vulgo dice y lo que algunos doctos afirman, se reduciría á una vana y hasta perniciosa curiosidad la tarea de inquirir la verdad de los hechos históricos, puesto que en la averiguación de esta verdad no había de hallarse ningún principio de racional evidencia que pudiera servir de regla de vida para el ser humano, ni mucho menos para la sociedad en general.

Afortunadamente, el escepticismo en materias de Historia, ya revista la forma de la vulgar frase antes apuntada, ya busque su apoyo en más sólidos razonamientos, es tan falso é indefendible como el dogmatismo positivista de que anteriormente he tratado. En breves palabras procuraré hacer patente una de las más importantes leyes que rigen y eternamente regirán el desenvolvimiento de todas las asociaciones humanas llamadas por los jurisconsultos *personas*

*jurídicas*, y por los modernos filósofos *personas sociales*.

Un poeta muy justamente aplaudido, D. Ramón de Campoamor, se ha lamentado, no sin visos de fundamento, de

Que el bien produzca el mal, como el mal mismo;

y cierto es que, existiendo el mal por accidente, el acto meritorio puede ser motivo ú ocasión de graves daños y hasta de enormes maldades. No existiría la ingratitud, si antes no existiera el favor recibido por el ingrato. No hubiera mártires, si el defensor de la verdad alcanzase siempre la palma de la victoria. Es cierto. Considerando lo que acontece en este bajo mundo, sin levantar los ojos á las regiones celestiales, las buenas obras no siempre producen la ventura temporal de quien las practica; y no se deduzcan de aquí impías consecuencias, á las que ya contestó Bartolomé de Argensola al finalizar el más conocido de sus sonetos:

¡Ciego! ¿Es la Tierra el centro de las almas?

Pero los pueblos, todas las asociaciones humanas, las personas jurídicas ó sociales, no han de alcanzar supervivencia en regiones ultramundanas, y así en la Historia ha de aparecer su vida entera, donde claramente se vea cumplida la ley de justicia, que revela la existencia de Dios y la intervención eficaz de su Providencia en los destinos de las sociedades humanas.

El célebre Ernesto Renán ha dicho: "Lejos de revelar á Dios, la Naturaleza es inmoral; la Historia misma es un escándalo permanente considerada desde el punto de vista de la moral"; pero arrepentido, sin duda, de tan ateísta afirmación, la ha modificado, ó destruído, al escribir, "que en la Naturaleza y en la Historia se ve mejor lo divino que en las fórmulas abstractas de una Teodicea y una Ontología sin relación con los hechos". Ciertamente que si la vida del sér humano se encerrase en el breve espacio que separa la cuna

del sepulcro, la observación de la Naturaleza y el estudio de la Historia conducirían al ateísmo; pero también es cierto que, admitida la inmortalidad del espíritu humano, en las páginas de la Historia se halla la revelación permanente de Dios y de su Providencia.

Si en la existencia del ser individual no se cumple siempre la ley de justicia, que pide el triunfo del bien sobre todo género de males, porque la vida terrena no es más que una parte de su total vida, y la eternidad abre sus puertas para que en ellas se realice plenamente el reinado de la Justicia divina, en la vida temporal de las sociedades humanas, ya sean monarquías, repúblicas ó imperios, ya instituciones científicas, artísticas é industriales de carácter público, se cumple siempre la ley providencial en que todo bien es origen de bienes, en que todo mal es origen de males. El decaimiento y ruina del poderío de los pueblos reconoce, y á perpetuidad reconocerá, como causa única, la corrupción de las costumbres, la falta de principios morales aceptados en teoría y cumplidos en la práctica; en suma, la desgracia, el mal por accidente, no existe para los pueblos, ni para ninguna asociación humana, que siempre alcanzan lo que merecen, y así ha podido decir el gran poeta dramático don Manuel Tamayo y Baus:

El pueblo que es esclavo, debe serlo.

Si en el estudio de la Historia se ha de hallar la prueba de la ley providencial que rige en la formación, el florecimiento y la decadencia de las sociedades humanas, requiere esta probanza la precisa condición de que los hechos históricos se hallen depurados en el crisol de la crítica más minuciosa y severa, para que la verdad resplandezca, como el sol del mediodía en el cielo sin nubes de las mañanas de estío. De aquí claramente se deduce que el conocimiento de los hechos humanos por sí sólo no constituye la ciencia de

la Historia, pero que sin este conocimiento no es posible averiguar la existencia de ninguna ley ni principio de carácter general; porque todo juicio requiere un elemento empírico, que en lo presente suministra la experiencia y en lo pasado la Historia, y otro elemento racional, que pone la inteligencia, según consignó Leibniz al decir: "Nada hay en la inteligencia que antes no haya pasado por el conducto de los sentidos, *excepto la inteligencia considerada en sí misma.*"

Después de estos largos, pero á mi entender necesarios prolegómenos, llego á tratar del asunto que anteriormente anuncié: *Utilidad de las monografías para el cabal conocimiento de la Historia de España.*

Anteriormente dejé consignado que si algunos doctos ponían en duda el valor científico de la Historia, fundándose en los razonamientos que he procurado refutar, el vulgo, el común de las gentes, solían atajar los argumentos que se hacen con el apoyo de datos históricos diciendo, que la Historia es un arsenal en que hallan armas los combatientes de las más opuestas causas; esto es, que con datos tomados de los hechos históricos se puede demostrar el pro y el contra de todas las opiniones. Dos motivos dan apariencia de verdad á esta vulgar observación. Es el primero que los hechos históricos sólo constituyan prueba considerados en su enlace y lógicas consecuencias. Un hecho aislado nada prueba, ni nada más puede probar, que la posibilidad de su repetición en igualdad de condiciones. Una serie de hechos bien comprobados puede dar á conocer las consecuencias lógicas que su repetición ha de producir. Así, y sólo así, se explica que Cicerón llamase á la Historia *maestra de la vida.* Pero además del frecuente olvido de las condiciones que ha de reunir una prueba de carácter histórico para que sea valedera, hay otro motivo que también justifica la desconfianza en este género de probanzas, puesto que han sido declarados falsos muchísimos hechos que la Historia como verdaderos había

aceptado durante siglos y siglos, y quizá algunos de los que han resistido hasta ahora al examen de la crítica también se hallan en el mismo caso.

Antes de pasar adelante es necesario fijar bien los términos de la cuestión que estoy tratando; es necesario exponer el concepto de lo que antiguamente se llamaba historia general, y la mudanza de este concepto en lo que hoy se llama historia de la civilización, forma sintética que hace desaparecer la antigua división de la Historia en sagrada y profana, porque, como observó acertadamente el insigne Donoso Cortés, el que escoge la civilización por asunto de sus estudios históricos no deja fuera del círculo que se propone abarcar ninguna cosa que pueda servir de asunto á las investigaciones humanas.

Los historiadores de Grecia y Roma se habían limitado á escribir la historia política y militar de aquellas famosas repúblicas y de aquellos poderosos imperios del macedón Alejandro y de los Césares romanos, y con lo esencial del método de sus obras coinciden las de los cronistas de la Edad Media. Desde el Renacimiento en adelante, Tucídides y Jenofonte, Tito Livio y Tácito, son los modelos que procuran superar nuestros Marianas y Mendozas, nuestros D. Antonio de Solís y D. Francisco Manuel de Melo.

Este concepto estrecho de la Historia aparece destruído en la que hoy llamamos filosofía de la Historia, dirección del pensamiento, que inicia San Agustín en su *Ciudad de Dios*, que desenvuelve con erudición y elocuencia Bossuet en su *Discurso sobre la Historia Universal*, y que expone Vico, ya reflexivamente, en la *Ciencia Nueva*; dirección del pensamiento tan poderosa que creó uno de los sistemas filosóficos más grandes que ha concebido el entendimiento humano, porque, á mi juicio, la metafísica de Hegel no es otra cosa que un sistema de filosofía de la Historia; dirección del pensamiento tan poderosa que ha de servir de base al conoci-

miento de una ciencia novísima, la Sociología, que no podrá constituirse sin saber antes las leyes generales que rigen en el desenvolvimiento de las personas y de los organismos sociales.

Conmovieron también los cimientos del antiguo concepto de la Historia los autores que se dedicaron á escribir sobre la historia de las ciencias y artes, y así puede verse confirmado en las *Memorias para la historia de la poesía y de los poetas castellanos*, por el P. Fray Martín Sarmiento, donde se dice lo siguiente:

“No hallaré dificultad en proferir que la mayor parte de los libros que se han escrito de Historia lo que menos contienen es lo que debiera ser objeto principal de ella. Si tomo un libro de Historia en la mano, no tropiezo con otra cosa sino con un tejido continuado de guerra, con una fastidiosa repetición de oraciones que jamás han dicho los capitanes, y cuando más, con tal ó cual nacimiento y muerte de príncipes, como si sólo las acciones de éstos fuesen el único objeto de la Historia. Esta debe instruir á los hombres presentándoles los sucesos más memorables, no sólo belicosos, sino también físicos, cosmográficos, políticos, morales, teológicos y literarios.”

Años más tarde que el P. Sarmiento, un respetable director de esta Real Academia, el docto y erudito D. Martín Fernández de Navarrete, al comenzar su *Disertación sobre la historia de la náutica y de las ciencias matemáticas*, decía así:

“La historia de las ciencias es la historia de los progresos, de la razón y del entendimiento humano, y tanto más útil y sublime, cuanto la parte intelectual y del ánimo excede á la material y corpórea de los hombres en excelencia y hermosura. El célebre Francisco Bacon de Verulamio comparaba, hace más de un siglo, á la Historia, tal como se había escrito hasta entonces, á un tronco mutilado de una de sus



principales ramas, ó una estatua privada de uno de sus ojos. Las Memorias de nuestras crónicas ó historias, escritas por lo general en siglos poco ilustrados, y en que el ejercicio de la guerra y de la caballería era la predilecta ocupación de nuestras gentes, perpetuaron sólo aquellas hazañas y batallas, aquellas revoluciones y rivalidades enconadas entre los Estados y los príncipes vecinos, aquella incesante sucesión de imperios, y, finalmente, aquel movimiento rápido que todo lo arrastra, lo arruina, y en que todo se desvanece, cambiando continuamente la faz de la Tierra, la constitución de los imperios y las leyes y los establecimientos de los hombres. Pero la historia civil, que manifiesta el fundamento de estas mismas constituciones, los progresos de la legislación, el influjo de las costumbres y cuantos vínculos unen á los hombres en sociedad para su propio bien y conveniencia; la historia de las ciencias, que nos presenta en la misma Naturaleza un espectáculo tan ameno como agradable y filosófico, y que para satisfacer nuestras necesidades ofrece útiles y mecánicas aplicaciones á las artes más necesarias á la vida, apenas ha sido tratada entre nosotros como debía serlo, y apenas hallamos, como notaba Plinio en su tiempo, algunos escritores que hayan tenido la idea de transmitir á la posteridad los nombres de aquellos bienhechores del género humano que han trabajado ó en aliviar sus necesidades por medio de invenciones útiles, ó extender las facultades de su entendimiento por medio de indagaciones asiduas y continuado afán en el estudio y observación de la Naturaleza.”

Aun podría añadir algunas palabras de D. Juan Pablo Forner en su *Discurso sobre el modo de escribir y mejorar la Historia de España*, y el recuerdo de la obra del P. Juan Francisco Masdeu, *Historia crítica de España y de la cultura española*, para probar la transformación del concepto de lo que debía ser la Historia que se había iniciado en nuestra patria á fines del pasado siglo XVIII; pero por no pecar

de prolijo paso á ocuparme en lo que decían acerca del asunto de que estoy tratando dos escritores celebérrimos que han gozado, respectivamente, de gran autoridad entre los libre-pensadores el uno, y el otro entre los católicos.

En el tomo IV de las *Oeuvres diverses de Monsieur de Voltaire* (Londres, 1746) se halla un artículo titulado: *Nuevas consideraciones acerca de la Historia*, en el cual dice Voltaire: "Se describe la pompa con que se celebró el coronamiento de un rey, las ceremonias de la presentación de un embajador, sin olvidar ni el *suiizo* ni los lacayos que le acompañan, y bueno es que haya archivos donde todo se conserve, para buscarlo cuando haya necesidad... Pero después de haber leído cuatro mil descripciones de batallas y algunos cientos de tratados de paz, hallo que nada he sacado en limpio de mis lecturas, que sólo he llenado la memoria con algunos hechos; pero tanto sé de los franceses y de los sarracenos por la batalla de Carlos Martel, como de los tártaros y los turcos por la victoria que alcanzó Tamerlán venciendo á Bayaceto."

Chateaubriand en el *Genio del Cristianismo*, para mostrar la superioridad que podían tener los historiadores modernos sobre los antiguos, escribía lo siguiente: "El que mejor conocerá á los hombrès será el que haya meditado más largo tiempo sobre los designios de la Providencia. Podrá desenmascarar las falsedades de la sabiduría humana el que haya penetrado las miras de la Sabiduría divina... Colóquese la eternidad en el fondo de la Historia, y refiérase todo á Dios como la causa universal. Ensálcese como es debido al que, dirigiendo en secreto nuestros corazones, hace brotar los más trascendentales sucesos de los más escondidos manantiales... considérese la infinidad como la razón inmediata de las calamidades de los pueblos; he aquí, á nuestro juicio, la primera y la más cierta de las bases en que la Historia ha de apoyarse."

Se ve aquí que lo mismo el librepensador Voltaire que el católico Chateaubriand, piden á la Historia la enseñanza que no hallaban en los libros de los historiógrafos contemporáneos suyos, y, sin embargo, esta enseñanza existía, al menos para Chateaubriand, porque es sabido que el estudio de la Historia se dividía en dos ramas, cuyos nombres ya designaban su oposición: historia sagrada é historia profana; por donde en la historia sagrada se daban resueltos todos los más grandes problemas que conturban la conciencia humana; la creación del universo en el *Génesis*; el origen del mal en la soberbia del ángel en el Cielo y del hombre en la Tierra; la acción colectiva, condición de todo lo humano, en el pueblo escogido por Dios para que se realizase en aquel medio social la revelación divina, y hasta el término de la lucha entre el bien y el mal, en la promesa que Jesucristo hizo á la Iglesia : *et portae inferi non praevalerunt adversus eam*; mientras que en la historia profana desaparecía toda intervención de la Providencia, para ensalzar ó deprimir á los héroes humanos, que á su antojo decidían de la suerte de los pueblos, como sabios gobernantes ó como crudelísimos tiranos. Revelación de la Providencia en la Historia, esto era la historia sagrada; enaltecimiento verdaderamente profano del genio individual, del héroe, rey, legislador ó caudillo, á quien se atribuían todos los bienes de la paz y todas las glorias de la guerra, esto era la historia profana, que bien pudiera haberse llamado historia antirreligiosa por el total desconocimiento que en sus páginas se notaba del elemento divino que ha de hallarse en todo lo humano, puesto que la fe y la razón nos enseñan, que Dios está en todas partes por esencia, presencia y potencia.

Los historiadores de la Iglesia no desconocían la falta de valor científico de las historias profanas, y las consideraban más bien como libros de entretenimiento, que como obras didácticas. El presbítero Fleury, notable escritor del si-

glo XVII, al comenzar sus *Discours sur l'histoire ecclésiastique* (París, 1763) dice:

“No me propongo satisfacer la vana curiosidad de los que buscan en la Historia el relato de hazañas y maravillas, ni tampoco escribo para los que toman la lectura como agradable pasatiempo, que para tal empleo bastan los libros de viajes y las historias profanas.”

Llegada á tal descrédito la historia profana, que se entregaba á los lectores como pasto de su curiosidad y entretenimiento de sus ocios, saliendo esta condenación del seno de la Iglesia, y pronunciada por varón tan grave y condecorado como lo era el sabio preceptor del Duque de Vermandois, ya se comprende que la renovación, ó mejor dicho, el cambio del antiguo concepto de la Historia en otro más conforme con el progreso de los tiempos, no podía estar lejano. Así fué, en efecto; porque si desde el punto de vista teológico se censuraba la historia profana en la forma que ya se ha visto, de un lado los pensadores que se ocuparon en la filosofía de la Historia, y de otro los tratadistas de las ciencias y artes que entendieron que la Historia es necesario elemento del saber en sus respectivas facultades y prácticos ejercicios, contribuyeron á la variación de lo que llaman los preceptistas *sujeto de la Historia*; y acerca de esta variación necesario es dar algunas breves explicaciones.

Reducíase antes la llamada historia profana al relato de los acontecimientos políticos y militares que constituyen lo que puede llamarse la vida del Estado en sus manifestaciones públicas, y menos aún, puesto que casi siempre se limitaba á trazar la biografía del Jefe del Estado, emperador, rey ó César; y hoy se afirma que en la Historia no hay *héroe exclusivamente personal*, que el *medio ambiente* favorable es condición precisa para que se desenvuelvan las especiales aptitudes del sabio gobernante y del invencible con-

quistador; y como el *medio ambiente* se forma por todos los elementos sociales, desde las costumbres domésticas hasta las más sublimes aspiraciones de la Religión, del Arte y de la Ciencia, resulta que la síntesis de la verdad histórica sólo puede hallarse después de haber averiguado la verdad de los hechos en cada una de las historias particulares de los factores que constituyen la vida social de los pueblos; y así, á la mal llamada historia externa en que se relataba el nacimiento, progreso ó decadencia, poderío ó muerte de repúblicas, monarquías é imperios, ha sustituido la aspiración de conocer y escribir la historia de la civilización, ó sea la historia de los progresos humanos en las ciencias y en las artes, y singularmente en la Moral, que es la regla de la vida interna, y en el Derecho, que es el orden en la vida pública.

Explicando este novísimo concepto de lo que debe ser la Historia, dice un tratadista de Pedagogía: "Fácil es advertir que en los historiadores europeos, desde la Edad Media casi hasta nuestro siglo, resulta al lado de la limitación objetiva, que consiste en reducir toda la actividad de los pueblos á la del orden político, otra limitación análoga, manifiesta en concentrar la vida del Estado ó de una sociedad particular en la persona de su representante legítimo á título de jefe, aunque las iniciativas y aun la ejecución de los grandes hechos históricos no le hayan efectivamente correspondido. Así la Historia referíase siempre... á un sujeto *individual*, en vez del *social*, la Nación. Cumplíase en cierto modo con esto una ley de herencia que la Historia traía de su progenitora la epopeya, á saber: la continuidad del protagonista individual, resumen y prototipo del pueblo, y época que representaba; viniendo á ser aquélla, como ha dicho un escritor español, historia *heroica* en vez de historia *social*... Esta limitación falsa del sujeto histórico procedía, en parte, de la ignorancia en que se produce la vida de las sociedades y á la respectiva posición de cada uno de los elemen-

tos que las constituyen, y en parte también de doctrinas políticas, que resumían toda la personalidad nacional en el Estado y, mediante las teorías *cesaristas*, en su Jefe... Savigny, con su teoría de la elaboración popular y espontánea del Derecho, y los naturalistas con sus estudios de la representación de las fuerzas infinitamente pequeñas en la Creación, produjeron la conciencia científica de una verdad que se había desconocido, á saber: que la vida histórica es producto de la suma de los esfuerzos que acumulan todos los seres, y, por tanto, una obra colectiva, cuya impulsión y tendencia proviene de la masa y no de ciertas individualidades salientes, á modo de islas, sobre la base oculta en que se apoya y sin la cual no podrían existir. La Sociología ha venido, por último, á recoger y concretar estas parciales iniciativas, construyendo en firme la teoría de la organización y funciones de los pueblos como personas sociales <sup>1</sup>. „

Observaré de pasada que en el celeberrimo poema histórico de Camoëns desapareció, antes que de la Historia de su tiempo, el concepto del *héroe individual*, para ceder su plaza al *héroe colectivo*; porque el poeta no canta allí exclusivamente las proezas de Vasco de Gama, sino las glorias de *Os Lusíadas*, esto es, las glorias de los portugueses; y lo mismo acontece en *La Araucana* de Ercilla, poema en que puede decirse que la musa de la verdad, que es la de la Historia, inspiró al poeta la admiración á los vencidos, que aquilataba la honra de los vencedores, presentando, en primer término, la lucha de dos razas, y no el individual esfuerzo del caudillo triunfante, que acaso lo fuera á pesar de sus condiciones personales, aunque otra cosa pretenda probar el doctor Cristóbal Suárez de Figueroa.

Volviendo al asunto de que trato, no es necesario esforzar el razonamiento para que se comprenda que en el novi-

<sup>1</sup> *La enseñanza de la Historia*, por Rafael Altamira, (Madrid, 1891.)

simo concepto de la Historia, la averiguación de la verdad en sus íntimas y fundamentales causas, tropieza con grandes, con grandísimas dificultades, y de ello dan testimonio las continuas variaciones que se hacen en varios juicios fundamentales acerca de la vida social de pueblos tan conocidos y estudiados con tanta asiduidad como las repúblicas de Grecia y Roma y el imperio de los Césares romanos.

Escribir hoy la historia de la civilización universal es empresa que excede los límites de la inteligencia humana. El Marqués de Valdegamas pensaba que así sucedería siempre, diciendo que si por civilización se entiende “por una parte la actividad física, moral é intelectual del hombre, y por otra la actividad material, moral é intelectual del género humano...”, es claro á todas luces que la historia de la civilización de la humanidad sólo podría ser dictada por Dios y escrita por sus Profetas. „ Y á renglón seguido decía: “La historia de la civilización de un pueblo particular, si bien no es una de aquellas empresas que exceden las fuerzas del hombre, es sin duda ninguna una de las que exigen su entera aplicación para ser llevada á buen término y remate <sup>1</sup>. „ Pero más adelante observaba que “la humanidad entera es una por su origen, una por su naturaleza, una por su fin „, y que “de la misma manera que para explicar la humanidad es necesario remontarse hasta el primer hombre, y de éste hasta el primer ángel, y de éste hasta Dios, para explicar completamente una civilización particular es preciso remontarse de civilización en civilización, hasta llegar á la civilización primitiva del género humano. „ Véase en estas citas cómo el insigne Donoso Cortés llegaba por los caminos de la Teología católica á conclusiones no contradictorias, ni mucho menos, con una dirección del pensamiento filosófico, que ha alcanzado en nuestra patria no poco prestigio, la

1 *Obras de D. Juan Donoso Cortés*, tomo III. (Madrid, 1854.)



doctrina krausista, en la cual se proclama el *panenteísmo*, esto es, todo en Dios, como la última y suprema verdad acerca del principio y fin de todo lo creado; de donde lógicamente se deduce el mismo principio que informa el criterio del Marqués de Valdegamas, á saber: el origen, la naturaleza y el fin del sér humano han de hallar su explicación en el Sér divino, en el Sér Supremo, en Dios. Y así es la verdad; la filosofía de la Historia la halla el católico en sus dogmas teológicos, y la busca necesariamente el deísta en su Teodicea y el ateo en un singular concepto de la Naturaleza, á la cual se la conceden todos los atributos de Dios, excepto la conciencia de sus propios actos.

De modo muy distinto que el Marqués de Valdegamas entendía el concepto de la Historia D. Eugenio de Tapia, que al escribir su *Historia de la civilización española desde la invasión de los árabes hasta la época presente* (Madrid, 1840) comenzaba diciendo:

“El designio de esta obra es dar á conocer las mejoras que se han hecho sucesivamente en el estado social de la nación española para común utilidad de sus individuos... En cuanto á los progresos intelectuales, debo advertir que aquí sólo puede tener cabida un resumen general de ellos, designando los sucesos y las personas que más los promovieron... He dado principio á mis tareas en el período que indica el título de la obra, porque la sociedad de los tiempos anteriores tiene ya poca relación con la nuestra.”

Cierto crítico condenó la falta de pensamiento filosófico que se notaba en la labor científica del Sr. Tapia, y en las *Observaciones preliminares* con que comienza el tomo cuarto y último de su *Historia* se lee lo siguiente: “Ese lujo de filosofía que hoy se afecta en los escritos más insignificantes, esa manía de generalizar las ideas para acomodarlas á un sistema particular, jamás entraron en el plan de mi obra.”

No generalizar las ideas para acomodarlas á un sistema



particular, ó dicho de otro modo, á un sistema preconcebido, está perfectamente hecho; pero no buscar en el estudio de la historia de la civilización de España las ideas y los sentimientos que han de constituir sus caracteres permanentes dentro de su natural desenvolvimiento, y creer que la sociedad española anterior á la invasión de los árabes tiene ya poca relación con la nuestra, son errores tan de bulto, que basta su enunciado para que se comprenda que la *Historia de la civilización de España* del Sr. Tapia, podría calificarse de un modo semejante al que usó un severo crítico al juzgar la *Filosofía de la elocuencia*, del célebre y erudito escritor D. Antonio de Capmany <sup>1</sup>.

Poco después de la publicación de la obra histórica de D. Eugenio de Tapia, en 1841, comenzó á ver la luz pública el *Curso de historia de la civilización de España*, de D. Fermín Gonzalo Morón, libro en cuya *Introducción* se leen estas atinadas consideraciones: "Destinada la Historia á servir de luminoso faro para marchar á través de la obscuridad y del error hacia el completo desarrollo y mejora del hombre y de la sociedad, ni debe ser un cuento destinado al recreo y placer de los lectores, ni la descripción monótona y cansada de las dinastías del mundo y de los hechos de armas más célebres que la han conmovido ó agitado. Las instituciones políticas, las leyes, los actos oficiales del Gobierno, la administración, el comercio, las artes, todo cuanto conduzca al conocimiento de la vida material, intelectual y

1 Cumpliendo la severa ley de la crítica, digo en el texto lo que me parece justo acerca de la *Historia de la civilización de España*, publicada en 1840; pero también debo declarar aquí que el autor de esta obra dió muestras en otros escritos suyos de claro ingenio y no vulgar instrucción. Más aún: D. Eugenio de Tapia tuvo el buen gusto de desdenar los aplausos populares; y así, cuando se escriba la historia de las costumbres españolas de la Edad Moderna, el Sr. Tapia ocupará un puesto al lado de los insignes escritores Mariana, Feijóo, Jove-Llanos, el Duque de Rivas, Heredia, Vargas Ponce, Doña Concepción Arenal, Fernán Caballero y Mesonero Romanos, como implacable censor de ese bárbaro espectáculo, las corridas de toros, á que se da el nombre de fiesta nacional con mengua de España y visible regocijo de sus émulos y detractores extranjeros.

moral de las naciones; la descripción viva y animada de sus costumbres, de sus hábitos, de lo que constituye el carácter y la vida de un pueblo, he aquí los verdaderos y principales elementos de la Historia. Mas al paso que ésta ofrezca al entendimiento del lector y al juicio é instrucción de la posteridad los hechos sociales que se han referido, incompleto y manco sería su trabajo si de estos hechos generales no pasase á los individuales; si del examen de la sociedad no descendiese al individuo; si al dar cuenta de lo que el Gobierno ejecutaba, omitiese lo que pensaba el hombre. El historiador debe hacer marchar de frente los hechos sociales y los individuales, los actos de los Gobiernos y la inteligencia de los pensadores y filósofos, mostrando, en una palabra, el desarrollo social y el desarrollo individual... La Historia, entendida y desempeñada de este modo, contendrá los errores y la sabiduría de los Gobiernos y los errores y la sabiduría de los pueblos; servirá á ambos de enseñanza y lección, y, espejo de lo pasado, extenderá viva y brillante luz sobre el porvenir.»

Cuarenta años después que el Sr. Morón, un ilustre polígrafo portugués, el Sr. Oliveira Martins, ha empleado también su pluma en trazar el cuadro histórico de los progresos de la civilización en la Península Ibérica, diciendo así: “La Historia nos ha mostrado la existencia de un pensamiento ó espíritu peninsular como carácter fundamental de nuestra raza, como su fisonomía moral, que es idéntica en todas las localidades de España; pensamiento ó espíritu que se manifiesta principalmente en el entusiasmo religioso que nos anima en todas nuestras empresas y en el heroísmo personal con que las llevamos á cumplido término. De aquí proviene el hecho de la existencia de una civilización propia, original y noble, la civilización ibérica.»

Este mismo concepto de la unidad en la Historia peninsular vuelve á expresarlo el Sr. Oliveira, cuando al hablar

de Camoëns dice, que su inmortal poema es el testamento de España, y que “á Portugal le cabe la honra de ser el intérprete de la civilización peninsular ante todos los pueblos del mundo„. Aun añade, que en *Os Lusíadas* se halla clara y soberanamente definido lo que podría llamarse la *esencia del pensamiento ó del genio nacional* de la Península Ibérica.

El Sr. Oliveira Martins, para explicar el fracaso de la unión de los dos pueblos peninsulares en el siglo XVI, no recurre á los lugares comunes de la tiranía de los Austrias y demás explicaciones de vuelo bajo, sino que, ahondando en los fundamentos de aquella desdicha, escribe lo siguiente:

“ Cuando las dos naciones de la Península exangües y vencidas se abrazaron como dos cadáveres en un cementerio (1580), en balde se quiso ver en su unión el origen de nuevas energías, porque esa unión ya existía de hecho en la comunidad del pensamiento de ambos pueblos. A pesar de su separación política, Europa vió siempre en Castilla y Portugal un solo cuerpo, animado por un mismo espíritu, y la fusión de ambas naciones, que entonces se realizó, fué puramente formal, porque la Naturaleza no tiene *plasticidad* suficiente para que engendre un ser nuevo y poderoso el abrazo de dos cadáveres. „

Razón tiene el Sr. Oliveira Martins: la primera condición que ha de llenar una Historia de Portugal ó de España, dado el concepto actual del *sujeto de la Historia*, es reconocer la unidad superior del genio, pensamiento ó espíritu peninsular en el desenvolvimiento de la civilización ibérica ó española, porque el mismo señor Oliveira llama España á la totalidad de la Península, geográficamente considerada, y el gran poeta Almeida Garrett recababa el nombre de español, aun cuando era portugués, con la misma razón que lo usan los castellanos, aragoneses, navarros, catalanes, gallegos y, en suma, todos los naturales de las varias regiones

en que históricamente ha estado dividida nuestra común patria <sup>1</sup>.

Este sentido de la unidad de la Península Ibérica es el mismo que prevalece en los trabajos de prehistoria, ó protohistoria, del escritor francés Mr. Émile Cartailhac, como puede verse en su libro *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal* (París, 1886). Mr. Cartailhac considera á los Pirineos como límite natural entre España y el resto de Europa, y estudia la Geología y la Etnografía de cada una de las dos naciones en que hoy se divide la Península, como partes necesariamente enlazadas por la continuidad del territorio y la semejanza del clima.

No es ahora ocasión oportuna para hacer un estudio crítico del *Curso de historia de la civilización de España*, por D. Fermín Gonzalo Morón, ni mucho menos de la *Historia de la civilización ibérica*, del Sr. Oliveira Martins; pero sí he de manifestar, porque á ello me obliga el asunto de que trato en esta disertación, que ambas obras, y en grado mucho más alto la del Sr. Oliveira Martins, son laudables tentativas para resolver el difícilísimo problema que se presenta cuando se pretende señalar las causas esenciales, así de las grandezas, como de las catástrofes que registran las páginas de nuestra historia nacional; problema que se halla enturbiado en sus primitivas fuentes de conocimiento por los exclusivismos regionales, que durante siglos han logrado reducir la historia de la Península Ibérica á la de Castilla, y que hoy, como protesta, tratan de presentar toda la labor de la unidad nacional, que fundaron nuestros antepasados, como obra de perdición, como extravío secular que debe desaparecer, para que broten las energías parciales, en mal hora anuladas por la preponderancia del romano y del visigodo

<sup>1</sup> "Hespanhoes somos e de hespanhoes nos devemos prezar todos os que habitamos esta Península. . . Véase la página 234 del poema *Camões*, por el Vizconde de Almeida-Garrett. (Lisboa, 1854.)

en lo antiguo, y del soberbio castellano en los tiempos modernos. Estas exageraciones del provincialismo antinacional han sido rebatidas por el Sr. Oliveira Martins diciendo: “¿No es singularmente falsa una teoría que se apoya en la negación sistemática de toda nuestra historia nacional? ¿Una teoría en que aparecen como errores la grandeza de tantas hazañas, el esplendor de tan grandes obras, de tan vivos sentimientos y de tan viriles caracteres, como los que brillan en nuestro pasado histórico? ¿Erró la España romana, erró la visigoda con sus Reyes y Concilios, erró la monarquía católica dominante en toda Europa, y hasta en el mundo entero? ¿De dónde nace este fatal destino y este carácter que sin interrupción se manifiesta en los acontecimientos generales de nuestra historia nacional?”

Paréceme que en nuestra patria, atendiendo al estado de las investigaciones históricas que en ella se han hecho y á las que en la actualidad se hacen, aún no hay reunidos los materiales suficientes para que pueda escribirse lo que antes se llamaba, impropriamente, su historia general, ni mucho menos lo que hoy habría de ser una historia de la civilización de la Península Ibérica, no fundada en racionales conjeturas, como la de D. Fermín Gonzálo Morón, ni en brillantes y sugestivas (pase el adjetivo) hipótesis, y acaso en geniales adivinaciones, como la del Sr. Oliveira Martins, sino *deducida* de hechos sólidamente comprobados con datos y documentos de incontrovertible autoridad. Si me cupiese duda acerca de la exactitud de este juicio, se desvanecería por completo al reflexionar sobre el fin á que se encamina una obra que actualmente se está publicando: la *Historia general de España*, escrita por individuos de número de la Real Academia de la Historia, bajo la dirección del Excmo. Sr. Don Antonio Cánovas del Castillo, director de la misma Academia; obra en la cual aparece claro el propósito de reunir una numerosa serie de monografías, para que, andando el tiem-

po, sea posible inquirir la unidad, el pensamiento, el genio ó el espíritu de la civilización ibérica, que hasta ahora pudo por intuición haberse presentado, ó quizá adivinado, pero no ha podido, ni aun puede ser bien determinado por el método rigurosamente científico, en su aplicación á la Historia.

Tal vez parecerá inverosímil, pero aún está lejos el día en que universalmente sea aceptada como verdad indiscutible la afirmación de Tácito: *Eam esse historiae legem, ne quid falsi dicere audeat, ne quid veri non audeat*; aun en nuestra patria lucha el historiador con la más perniciosa de las preocupaciones; aun hay críticos que condenan como pecado grave el que se diga la verdad histórica, si esta verdad redundante en desdoro del héroe legendario ó si descubre la falsedad de glorias que la tradición había consagrado; y este modo de entender las obligaciones del historiador, que pudo tener disculpa cuando el cronista Luis Cabrera de Córdoba afirmaba, y duéleme recordarlo, <sup>1</sup> “ que el historiador no ha enseñar más que lo justo y lo honesto, cumpliéndole ser mudo en las cosas feas... y guardarse de aventurar ni una sola palabra que pueda ceder en menoscabo de la forma de Gobierno establecida „ este miedo á la clara exposición de la verdad, que fácilmente se explica cuando la Historia era sólo la biografía de los Príncipes reinantes ó de los caudillos dominadores, es hoy notoriamente absurdo, porque el erudito no ha de ocuparse en el final resultado de sus investigaciones, sino en presentar las verdades que halla, sólo como medio para que de su estudio se deduzcan los principios y leyes que rigen en la vida de los elementos sociales, que constituyen lo que se llaman naciones, y para que después sea posible deducir las leyes generales de la Historia, de las cuales, á mi juicio, en la actualidad sólo conocemos una, la ley del progreso, que si no como tal ley necesaria, como *ordenación de*

1 Véase el libro *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, por el académico de la Española, D. Luis Fernández Guerra. (Madrid, 1871.)

*la Providencia divina* <sup>1</sup>, admiten hasta los más escrupulosos creyentes, y que el gran Bossuet ya señalaba al decir que la acción divina que rige y gobierna al género humano se manifiesta ó revela por medio de la Historia <sup>2</sup>.

Al ingresar el año 1778 en esta Real Academia el preclaro varón D. Gaspar de Jove-Llanos <sup>3</sup>, escribía: “Yo no tengo empacho de decirlo: la nación carece de una Historia. En nuestras crónicas, anales, historias, compendios y memorias, apenas se encuentra cosa que contribuya á dar una idea cabal de los tiempos que describen. Se encuentran, sí, guerras, batallas, conmociones, hambres, pestes, desolaciones, portentos, profecías, supersticiones, en fin, cuánto hay de inútil, de absurdo y de nocivo en el país de la verdad y de la mentira. Pero ¿dónde está una historia civil que explique el origen, progresos y alteraciones de nuestra constitución, nuestra jerarquía política y civil, nuestra legislación, nuestras costumbres, nuestras glorias y nuestras miserias? „ Hoy no podrían repetirse todas las quejas de Jove-Llanos sin notoria injusticia, porque ya existen monografías históricas en que se trata del *origen, progreso y alteraciones de nuestra constitución, nuestra jerarquía política y civil, nuestra legislación, nuestras costumbres, nuestras glorias y nuestras miserias*, y aun algo más que todo esto, porque

1 Véase el tomo IV, página 5, de las *Obras de D. Juan Donoso Cortés*, nueva edición, Madrid, 1894.

2 Véanse los *Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales*, del cardenal González, página 74 del tomo primero. (Madrid, 1875.)

3 ¿Debe escribirse Jove-Llanos ó Jovellanos? En las *Memorias familiares*, escritas por D. Gaspar de Jove-Llanos, tratando de su abolengo, dice el autor que el apellido Jove continuó de varón en varón, “hasta Doña Lucia de Jove, mi cuarta abuela, que acabada la línea varonil sucedió en el mayorazgo, y casando con Francisco de Llanos Tejera, dió origen á la línea que, adoptando con preferencia el apellido materno, empezó á distinguirse con el apellido de Jove-Llanos, de la cual existo yo solo. „ Hay, pues, fundado motivo para escribir Jove-Llanos, pero también lo hay para escribir Jovellanos, porque así lo hacía generalmente cuando firmaba el autor del *Informe sobre la ley agraria*.

Lo dicho explica que el muy benemérito *jovellanista* D. Julio Somoza de Monso-riú escriba unas veces Jovellanos y otras Jove-Llanos en las varias y notables obras que ha consagrado al estudio de la vida y los hechos de su inmortal conterráneo,

se han estudiado nuestros antiguos monumentos arquitectónicos; se ha buscado en las obras literarias el espíritu de la época en que fueron escritos; se ha hecho revivir la memoria de nuestros sabios, que yacía menospreciada por la ajena ignorancia y por la incuria nacional; se ha refutado victoriosamente las *boutades* (pase este adjetivo francés, que no es fácil de traducir al castellano con toda su fuerza en una sola palabra), las *boutades*, repito, de un Masson de Morvillier, de un Guizot y de un Buckle, que niegan á España toda participación positiva en los progresos de la civilización universal, ignorando, sin duda, que el acontecimiento que señala el principio de la Edad Moderna, el descubrimiento del Nuevo Mundo, es la obra colectiva de la raza ó de la gente ibérica; obra iniciada por el infante D. Enrique de Portugal en la Escuela náutica de Sagres, á principios del siglo XV, y terminada á fines del XVI y comienzo del XVII con los viajes y descubrimientos del portugués Quiros y de los españoles Torres y Mendaña. Si se puede decir que no han contribuído al humano progreso los dos pueblos que han descubierto los continentes, islas y mares del Nuevo Mundo, que, según el geógrafo Reclus, ocupan las cinco sextas partes de la superficie de la Tierra, entonces ya se podrá aceptar como verdad inconcusa que el carácter tímido de los españoles y sus supersticiones religiosas nacen del terror que les infunden los frecuentes terremotos que conmueven nuestra Península, que es la razón que da el inglés Buckle para explicar nuestra ignorancia científica y nuestro atraso social, en comparación con el resto de las naciones europeas.

No nos irriteemos estérilmente al saber que tales dislates se escriben acerca de nuestra patria por autores de tanto y tan merecido renombre como el autor de la *Historia de la civilización de Inglaterra*; trabajemos un día y otro día, cada uno en la medida de sus fuerzas; que si escasas son las mías, grandes son las de los otros señores Académicos que



mis palabras escuchan; trabajemos con fe para conocer la verdad de los hechos históricos en las varias y múltiples esferas en que se manifiesta la actividad humana; y cuando mediante una serie de monografías escritas por personas de especiales conocimientos en la materia de que traten, esto es, la historia de la legislación escrita por jurisconsultos, la política por estadistas, la de las guerras por militares de profesión, y por igual modo todas las demás monografías, habrá materiales para que el historiador de buena inteligencia y de gran instrucción enciclopédica pueda presentar el cuadro histórico del nacimiento, progresos y estado actual de la civilización ibérica; cuadro histórico en que aparecerá la fisonomía moral de nuestra patria, no afeada por la malquerencia del extranjero, ni adornada con las falsas joyas de tradiciones infundadas é hiperbólicas alabanzas del exagerado entusiasmo, sino limpia de las manchas de seculares errores y rodeada del nimbo de su verdadera gloria, que será, sin duda, haber contribuido al progreso de la civilización tanto como los otros pueblos europeos, y aun más, si se estima en todo su valor y trascendental importancia el descubrimiento de lo que se llamó Nuevo Mundo en el siglo XVI y hoy llamamos América y Oceanía, porque, como ya dijo con genial intuición de la verdad el capellán de Hernán Cortés, Francisco López de Gómara: “La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias, y así las llaman, Nuevo Mundo.”

Ya que he recordado las apreciaciones de escritores extranjeros en que injustamente se ha maltratado á España, quiero suponer que por ignorancia y no por malevolencia, porque ésta es la explicación más favorable que de los errores puede darse; ya que he recordado apreciaciones en que brilla por su ausencia el conocimiento de la gloriosa historia de la Península Ibérica, creo yo que, rindiendo tributo de gra-

titud, también debo recordar aquí á otros autores extranjeros que han sabido reconocer el mérito de lo que se hace fuera de su patria, y á este número pertenecen los críticos ingleses que proclamaron en la primera mitad del siglo XVIII la sin par valía de la inmortal creación de Cervantes, y los historiadores alemanes, que á fines de la dicha centuria ensalzaron á Camoëns diciendo que su poema *Os Lusíadas* es superior á los tan celebrados del Tasso y del Ariosto; vindicaron el gran teatro español de los siglos XVI y XVII, torpemente menespreciado por la crítica neoclásica de los preceptistas franceses, y señalaron la importancia literaria del romancero castellano y de nuestras novelas picarescas. Y en los días que hoy corren, en obras de críticos é historiógrafos extranjeros, se hallan reconocidas y proclamadas las más altas glorias de España en las ciencias y en las artes; el saber enciclopédico de San Isidoro de Sevilla; las intuiciones maravillosas del soñador Raimundo Lulio; la inspiración de la poesía lírica, tan rara en la Edad Media, de los trovadores catalanes y valencianos, mallorquines, portugueses y gallegos; el valor, dado el tiempo en que se escribieron, de las obras filosóficas de Averroes, Maimónides y Avicibrón; el elogio que merecen esos tres monumentos legales que se llaman el *Consulado de Mar*, las *Partidas* y la legislación de Indias; el justo renombre del filósofo que precedió á Bacon en sus ideas reformistas, el valenciano Luis Vives; los adelantamientos de la Medicina española, cuando el arte de curar vivía encerrado en los límites que trazó el gran Hipócrates; la importancia de nuestros tratadistas de milicia de los siglos XVI y XVII, y aun alguno del XVIII (el Marqués de Santa Cruz de Marcenado), traducidos á varias lenguas europeas; la iniciativa que tomaron en la formación, aún embrionaria, del moderno Derecho internacional nuestros teólogos Vitoria, Suárez y Soto; los descubrimientos que realizaron en las ciencias físicas y natu-

rales los exploradores del Nuevo Mundo; y si no temiera alargar demasiado esta digresión, aún recordaría lo que se dice en Europa acerca de nuestras glorias en las bellas artes; pero no bastará citar un nombre, Velázquez, y consignar el hecho de que este eximio artista es hoy más alabado en el extranjero que en la tierra que le vió nacer. La patria de Cervantes, Camoëns y Velázquez jamás podrá ser olvidada en la historia de la civilización europea, aunque otra cosa diga algún casquivano viajero francés ó algún mero erudito de allende los mares.

Llega el momento de poner término á esta disertación, que á falta de otro mérito desearía tuviese el de la brevedad; mérito que si no se echa de menos en los escritos excelentes, es de absoluta necesidad en los malos, convenientísima en los medianos, y hasta en los buenos recomendable.

No es seguramente el amor á la patria el más grande de los sentimientos humanos, que por cima se halla el amor á la humanidad y superiormente el amor á Dios; pero en tanto que los pueblos se miran como jurados enemigos unos de otros, ó cuando menos como entidades políticas separadas por el recuerdo de sus luchas en los tiempos pasados y por sus aspiraciones y contrarios intereses en lo presente, servir á su patria es obligación que impone la conciencia y que la razón justifica, y no pequeño es el servicio que se la puede prestar en la investigación y estudio de su Historia, si esta investigación produce como resultado el descubrimiento de la verdad; porque si hay ciencias que puedan adelantar por la experimentación en el gabinete del físico ó en el laboratorio del químico, hay artes, como el de gobernar en la paz y el de vencer en la guerra, donde no es posible hacer experiencias en gabinetes ni laboratorios para ensayar el valor científico de sus teorías, y sólo en la Historia, en los hechos históricos bien conocidos y orgánicamente enlazados, cabe hallar doctrina y enseñanza de utilidad y de aplicación

práctica para los estadistas en la paz y para los caudillos en la guerra. Aun más: en el estado actual de nuestra cultura, no debe decir que conoce una ciencia ni arte quien no conozca su historia; porque así, y sólo así, puede saber lo que hay de permanente y cierto en las teorías científicas ó artísticas, y también lo que en ellas haya de hipotético y mutable.

Resulta de lo que acabo de exponer, que las monografías acerca de la historia política y militar de España, y del mismo modo las monografías referentes á la historia de las ciencias, que por su propia índole habrán de revestir carácter internacional, porque las verdades científicas no reconocen fronteras, no sólo tienen el valor de necesarios materiales acopiados para que un día sea posible escribir la historia de la civilización hispánica con entero conocimiento de causa, sino que tienen también un valor propio, como enseñanza de la ciencia del Estado en paz y en guerra y como parte necesaria del conocimiento en toda clase de ciencias.

El recuerdo de la enseñanza de las Matemáticas que recibí en mi juventud, me llevaría ahora á resumir todas las razones expuestas en el curso de esta disertación, para deducir, como corolario, que había demostrado suficientemente la *utilidad*, y aun pudiera decirse, la necesidad, *de las monografías para el cabal conocimiento de la Historia de España*, atendiendo al estado actual de nuestros estudios históricos; pero las dotes de cultura de los concurrentes á estas solemnidades académicas creo que me eximen de tan molesto y árido trabajo. — HE DICHO.



NECROLOGÍA

DEL

EXCMO. SR. D. VICENTE VAZQUEZ QUEIPO



En la junta celebrada por la Real Academia de la Historia la noche del 4 de Mayo del presente año de 1894, se acordó que los discursos de ingreso de los señores Académicos de número fuesen adicionados con una necrología del antecesor en la plaza que cada uno viene á ocupar; y aunque este acuerdo no es obligatorio para mí, según declaración de la misma Real Academia, por haber presentado mi discurso antes de que fuese tomado, creo tan conveniente y oportuna la conmemoración en la hora presente de los merecimientos científicos de mi antecesor que haciendo por mi voluntad lo que por ministerio de la ley no se me ordena, me decido á presentar aquí el bosquejo biográfico del Excmo. Sr. D. Vicente Vázquez Queipo, caballero gran cruz de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, individuo de número de las Reales Academias de la Historia y de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y Socio correspondiente del Instituto de Francia.

Nació D. Vicente María Vázquez y Queipo de Llano el 17 de Febrero de 1804, en Lusio, pueblo perteneciente á la provincia de Lugo, y fueron sus padres D. Antonio María Vázquez y Quiroga y Doña Ignacia Queipo de Llano. Haré observar que mi ilustre antecesor suprimió la segunda parte de su apellido materno y la conjunción copulativa con que este apellido suele unirse al paterno, y de este modo

resultó un nuevo apellido, Vázquez Queipo, con el que fué siempre nombrado, como lo es ahora su hijo el senador del Reino D. Antonio Vázquez Queipo.

El joven Vázquez Queipo estudió con aprovechamiento en el colegio de Monforte de Lemus, y después en la Universidad de Valladolid, en la cual desempeñó la cátedra de Física, ganada en buena lid, á la temprana edad de veintidós años.

El Sr. Vázquez Queipo fué graduado de doctor en Derecho por la citada Universidad de Valladolid el año de 1826, y desde esta fecha hasta el año de 1829 permaneció en la antigua capital de Castilla ejerciendo la abogacía y desempeñando la cátedra de Física de que anteriormente se ha tratado. En el verano del dicho año de 1829 fué designado por el Gobierno para que pasase á Francia, como alumno pensionado, para perfeccionar sus estudios de Física y Química en la Escuela central de Artes y Manufacturas, que por aquel entonces se había creado en París. Regresó á su patria el Sr. Vázquez Queipo después de haber sido ayudante preparador de los sabios catedráticos Dumas y Pecllet, y trayendo certificaciones en que constaba su asidua aplicación al estudio de la Física y la Química. Parece que la enseñanza de estas ciencias era la aplicación que debía haberse dado al saber adquirido por el alumno pensionado oficialmente en París; pero no sucedió así, puesto que el Sr. Vázquez Queipo fué nombrado oficial del ministerio de la Gobernación. Afortunadamente en este destino tuvo ocasión de aplicar sus especiales conocimientos, colaborando á las órdenes de sus jefes inmediatos, D. Antonio Gil de Zárate y D. Cristóbal Bordiú, en el plan de estudios que lleva la fecha del 4 de Agosto de 1836 y está firmado por el insigne Duque de Rivas; plan que por las revueltas de los tiempos no llegó á ponerse en práctica, pero que sirvió de base al que se publicó y llevó á cabo en el año de 1845.



Algunos años permaneció el Sr. Vázquez Queipo en el ministerio de la Gobernación, hasta que en el de 1839 fué nombrado fiscal de Hacienda, con destino á la isla de Cuba. Desempeñando este importante cargo administrativo escribió su famoso *Informe fiscal sobre fomento de la población blanca en la isla de Cuba y abolición progresiva de la esclava, con una breve reseña de las reformas y modificaciones que para conseguirlo convendría establecer en la legislación y constitución coloniales, presentado á la Superintendencia general delegada de la Real Hacienda en Diciembre de 1844*. La fecha de este *Informe* indica que el juicio que acerca de su mérito hubiera de emitirse requeriría como base un conocimiento profundo del estado de las cuestiones coloniales hace medio siglo; pero sin ahondar tanto en el asunto, siempre será honroso para la memoria del Sr. Vázquez Queipo haberse mostrado en su *Informe* partidario de la abolición de la esclavitud, aunque el medio que para conseguirlo se proponía ya confesaba el autor del *Informe* que era bastante lento.

Poco tiempo después de haber vuelto á la Península, en 1846, fué elegido diputado á Cortes el Sr. Vázquez Queipo, y siguiendo su carrera en la administración del Estado, el ministro D. Luis José Sartorius le nombró Subsecretario de Gobernación, y después desempeñó igual cargo en el ministerio de Ultramar. En este empleo, según su biógrafo don Miguel Merino (véase el *Anuario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, 1894*), "puede decirse que terminó su carrera administrativa; pues aun cuando durante su prolongada y bien aprovechada existencia formó parte de numerosas Juntas y Comisiones, algunas de las cuales presidió..., y en la alta Cámara, como Senador vitalicio del Reino, elevó repetidas veces su voz en defensa de variados y valiosos intereses de la patria; y en el Consejo de Instrucción Pública, al cual por término de treinta



años perteneció, sostuvo reñidas batallas en apoyo de la obra de organización de la enseñanza, sistematizada de las de letras y ciencias, que allá en sus mocedades contribuyó á plantear y formalizar; y al frente del Observatorio de Madrid, por varios años también, en calidad de Comisario regio, hasta el de 1868, en que inconsideradamente se le privó de este cargo, con grave perjuicio, no suyo ni grande ni pequeño, sino irreparable casi del establecimiento aquél por cuya prosperidad afanoso velaba... vióse, en realidad, forzado por la tenaz sordera que desde joven le atormentaba, y con mayor violencia cada día, á prescindir, con inevitable tristeza, del estudio de aquellos negocios de interés general y de apremiante despacho que no pueden ventilarse ni resolverse con acierto sino mediante el trato de gentes y la comunicación recíproca del pensamiento, valiéndose del don inapreciable é insustituible de la palabra.»

Según refiere el Sr. Merino, las dolencias en el oído y en la vista que atormentaron desde su juventud al Sr. Vázquez Queipo, tuvieron su origen en los asiduos trabajos de laboratorio, con intensa luz artificial muchas veces, á que se había entregado, y en un pasmo ó enfriamiento, como ahora se dice, que no pudo evitar por estar absorbida su atención en las tareas científicas á que se dedicaba durante su permanencia, como alumno pensionado, en la Escuela de Artes de París. En la ciencia, en la lucha intelectual de la razón contra la ignorancia, como en las luchas de los pueblos, llamadas guerras, los más valerosos combatientes corren peligro de quedar inválidos; pero el inválido de la guerra suele alcanzar fama ó provecho, y el de la ciencia pasa inadvertido, cuando no calumniado, si se atribuyen sus lacras á punibles descuidos ó á flaquezas humanas; que si la muerte halla siempre quien la disculpe, ya con la ignorancia del médico ó ya con la estulticia ó los caprichos del difunto, la enfermedad está declarada irresponsable desde el punto y hora en

que se considere á la higiene como ciencia infalible de conservar la salud.

En el panteón núm. 31 del patio de San Andrés del cementerio de San Isidro se lee la siguiente inscripción:

AQUÍ YACE EL EXCMO. SR. D. VICENTE VÁZQUEZ QUEIPO DE LLANO, INDIVIDUO DE LAS REALES ACADEMIAS DE CIENCIAS Y DE LA HISTORIA, MIEMBRO CORRESPONDIENTE DEL INSTITUTO DE FRANCIA Y DE OTRAS CORPORACIONES CIENTÍFICAS NACIONALES Y EXTRANJERAS.

NACIÓ EL 17 DE FEBRERO DE 1804. FALLECIÓ EL 11 DE MARZO DE 1893, Á LOS OCHENTA Y NUEVE AÑOS DE EDAD.

R. I. P.

ROGAD Á DIOS POR SU ALMA.

El Sr. Vázquez Queipo publicó las obras científicas que á continuación se expresan:

*Memoria sobre la reforma del sistema monetario de la isla de Cuba*, escrita en 1839 por orden del Superintendente general de Hacienda. Madrid, imprenta de Alegría, 1844.

*Informe fiscal sobre el fomento de la población blanca de la isla de Cuba y abolición gradual de la esclavitud*. Madrid, imprenta de Alegría, 1844. Esta obra fué traducida al francés de orden y á expensas del Gobierno del emperador Napoleón III.

*Proyecto de ley sobre la uniformidad y reforma del sistema métrico y monetario de España*. Madrid, imprenta de Alegría, 1847.

*Essai sur les systèmes métriques et monétaires des anciens peuples, depuis les premiers temps jusqu'à la fin du khalifat d'Orient*. Paris, chez Dulmont et Dunot, 1859. Esta obra obtuvo en 1860 el primer premio de Numismática por acuerdo del Instituto de Francia, que proclamó así los supe-

riores conocimientos históricos de nuestro compatriota el Sr. Vázquez Queipo.

*La cuestión del oro.* Madrid, Imprenta Nacional, 1861. Esta Memoria fué escrita é impresa por orden del Gobierno.

*La crisis monetaria española, considerada en sus causas, sus efectos y su remedio.* Madrid, imprenta de Cruzado, 1866.

*La cuádruple alianza monetaria.* Madrid, imprenta de *La Reforma*, 1867.

*Contestación á la carta de un cubano.* Madrid, imprenta de Alegría, 1847.

*Aritmética superior mercantil.* Madrid, segunda edición, imprenta de la Sra. Viuda é hijo de Aguado, 1887. El prologuista de esta obra, el respetable académico D. Acisclo Fernández Vallín, dice que le había sorprendido gratamente la publicación de la *Aritmética superior mercantil*, escrita por el antiguo catedrático, “tan conocido y reputado en el mundo científico extranjero, el Excmo. Sr. D. Vicente Vázquez Queipo”, y añade, que “este libro aventaja en mucho á todos los escritos en el extranjero, no sólo por el fondo de la doctrina que trata, sino también, y muy especialmente, por la claridad suma de exposición con que inicia al lector en las más arduas cuestiones financieras”.

*Colección de varios artículos en defensa del Informe fiscal.* Madrid, imprenta de Alegría, 1888.

*Tablas de los logaritmos vulgares de los números desde 1 hasta 20.000 y de las líneas trigonométricas.* Estas tablas de logaritmos, que con justicia fueron premiadas en la Exposición universal de París de 1867, llegan ya á su décimonovena edición, que se ha hecho en Madrid el año de 1890 en la imprenta de D. Luis Aguado.

Además de las obras que de mencionar acabo, escribió el Sr. Vázquez Queipo varios artículos en periódicos y revistas, y dos discursos académicos, en que desenvuelve respec-

tivamente estos asuntos : *La Geodesia nos conduce al conocimiento de la formación de la Tierra y Los jeroglíficos egipcios y las inscripciones cuneiformes. Cómo se llegó al conocimiento é interpretación de ambas escrituras.*

El docto Secretario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, el Ilmo. Sr. D. Miguel Merino, hace el resumen de los merecimientos científicos del señor Vázquez Queipo, resumen que avalora la reconocida competencia de su autor en las materias de que tratan la mayor parte de las obras cuyo catálogo aquí se ha insertado, escribiendo lo siguiente como final de la reseña biográfica antes mencionada :

“ Tal fué, en atropellado y tosco diseño, el hombre de ciencia y administración, de recto sentido y sano consejo, cuya pérdida irreparable justamente deploramos ; meritísimo profesor, en sus mocedades, de Matemáticas y de Física, cuando apenas nadie en España ponía mientes en la importancia y trascendencia de ambas aquí abandonadas disciplinas intelectuales ; orador parlamentario más tarde, si no brillante y aparatoso, correcto y oportuno ; escritor fácil y razonador, de lógica irrefutable, y repúblico eminente, por largo tiempo consagrado al estudio y resolución de los más arduos problemas que al bienestar y prosperidad de la patria conciernen, y ante quien todos con afecto verdaderamente filial nos inclinamos respetuosos „ : y aún añade el señor Merino, hablando en nombre de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, que al Sr. Vázquez Queipo se le contaba con orgullo en el número de los que mayor lustre y honra habían dado á esta Academia ; aserto que, en mi humilde opinión, también podría hacerse en nombre de la Real Academia de la Historia si se tiene en cuenta el premio concedido por el Instituto de Francia al *Essai sur les systèmes métriques et monétaires des anciens peuples* ; la importancia de la Numismática, como fuente del cono-

cimiento histórico, y la necesidad de saber los sistemas métricos de los tiempos pasados para hallar la solución de algunos problemas que se presentan en la historia de las Artes y las Ciencias. Respecto á este último punto, recuérdese la larga nota que puso el Sr. Vázquez Queipo en su laureada obra, donde se analizan los errores que cometieron los antiguos geógrafos al fijar el tamaño de la Tierra antes del descubrimiento del Nuevo Mundo, porque en esta nota se ve claramente señalado el valor que alcanzan los estudios sobre los sistemas métricos de la antigüedad, dado el novísimo concepto de lo que debe ser la ciencia de la Historia. No me parece necesario añadir más pruebas en favor de mi opinión acerca del mérito del Sr. Vázquez Queipo, considerado como historiógrafo; mérito que, á mi juicio, le hace acreedor á elogios no menores que los que le ha tributado el docto Secretario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, al juzgarle como tratadista de Matemáticas y de Geología y como catedrático de Física en sus años juveniles.

LUIS VIDART.

MADRID, 28 de Mayo de 1894.



DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

EN CONTESTACIÓN AL PRECEDENTE





## SEÑORES ACADÉMICOS :

Ocúrreme dar comienzo á la misión agradable de vosotros recibida, consignando un hecho no desprovisto de interés, observadas las tendencias plebiscitarias de estos tiempos á las elecciones de Académicos. He de recordar cuánto el anuncio de haber favorecido con vuestra designación al Excmo. Sr. D. Luis Vidart para cubrir vacío que dejó en el Cuerpo la pérdida de un compañero, fué recibido con aplauso de la prensa periódica y celebrado con otra de las manifestaciones que al presente son eco de la voz pública; esto es, con festín á escote en que fraternizaron aquellos que se precian de adalides de la opinión, con militares, literatos y amigos antiguos del obsequiado, puestos á prueba en la carrera laboriosa de su vida como artillero, diputado á Cortes, ocupante asiduo de la cátedra del Ateneo y periodista también á ratos.

Sociable en alto grado el Sr. Vidart, tiénelos muchos, ganados con las condiciones de su carácter bondadoso. Como tanto es seguro hallarle en reuniones de esparcimiento donde descuelle la conversación amena ó ingeniosa, como en

círculos consagrados á lo docente en las esferas especulativas, contribuye el acceso fácil de la persona á la notoriedad que le proporcionan los escritos, sobre todo aquellos que, chocando con la corriente encauzada de ciertas ideas, han promovido controversia viva. En ésta se presenta voluntario con desembarazo; es su terreno: suele argüir y reargüir tenazmente extremando los recursos de la inteligencia y de la erudición, pero con dominio de la palabra y con serenidad que guarda todo miramiento. Abdica de buen grado los honores del triunfo por evitar humillación al adversario desarmado, sistema contrario á la satisfacción momentánea del amor propio; favorable en cambio á las impresiones del auditorio, traducidas en los bosquejos morales ó estudios biográficos de que ha sido objeto <sup>1</sup>, en los cuales, lo mismo que en el número mayor de artículos críticos juzgando sus obras, exceden las alabanzas á las censuras, ya le consideran, primero y principalmente, filósofo, ya poeta, político, técnico, crítico, novelista ó dramaturgo.

Un revistero facecioso le gratificó con título de "Especialista en centenarios", que merece realmente, pues él, en junto con Romero Ortiz, inició y llevó á cabo la celebración del primitivo en lauro de Calderón, con éxito peregrino; preparó á tiempo el del marqués de Santa Cruz de Marcenado, desenterrando su fama y sus obras; contribuyó en el tercero al homenaje rendido al rayo de la guerra, al invicto D. Álvaro de Bazán; ha denunciado fechas oportunas á la multiplicación de fiestas semejantes, que honran al pueblo honrando la memoria de hijos meritorios; estimuló por tal camino sentimientos nobles; fué móvil para inculcarlos con la enseñanza de publicaciones ex profeso y la creación de monumentos que legará nuestra edad á las venideras.

Mucho le ha entretenido la idea de vulgarizar el buen concepto de la patria juntamente con el de sus hombres grandes, presentando á éstos en proyección reducida ó en am-

pliación imitada de las de Plutarco <sup>2</sup>, por muestra de las que pedía á los desocupados. Juzgando el objetivo y á manera de respuesta al humorista de la especialidad, decía el crítico agustino P. Blanco :

“Es infatigable en robar al olvido las glorias de la patria, y las populariza en escritos ligeros de periódicos, haciéndolas llegar en esta forma á oídos del vulgo, refractario á la erudición <sup>3</sup>.”

“Es el escritor que con más ahinco se ha dedicado á restaurar nuestras olvidadas glorias”, apuntaba separadamente un historiador militar <sup>4</sup>.

“Es uno de nuestros contemporáneos más activos, de más claro entendimiento y de mejor buena fe”, repetía cierto articulista anónimo <sup>5</sup>.

No he de hablar ahora de la importancia de más obras tuyas, ni entresacaré opiniones de cualquiera de los examinadores de aquéllas que en marco especial tratan de *El Pan-teísmo germano-francés*, ó de *La Filosofía española*. Omito juicios aun de los trabajos de más cerca relacionados con nuestro Instituto, en su número los que atañen á la vida y escritos de Miguel de Cervantes Saavedra, los de historia literaria de España y de Portugal, los de análisis de tratadistas de milicia en el siglo XIX, armamento nacional y reformas del ejército. Un libro solo, con no ser de los más pensados ni sujetos á plan riguroso, me parece bastante para la presentación del Sr. Vidart desde punto de vista simpático : titúlase el estudio *Letras y Armas*.

Lo empezó nuestro nuevo Académico sentando que :

“Soldados fueron el príncipe de los ingenios españoles, Cervantes ; el más profundo de nuestros dramáticos, Calderón ; el más dulce de nuestros líricos, Garcí-Lasso ; el más ilustre de nuestros épicos, Ercilla ; el más enérgico de nuestros historiadores, Mendoza ; hasta lo que parece algo extraño, también cubrió su cabeza con el guerrero casco el

más original y sintético de nuestros filósofos, el insigne Raimundo Lulio, y

“Otros y otros aún; mas fuera vana  
Empresa numerarlos; de la guerra,  
La dulce poesía  
Mostróse siempre en nuestro suelo hermana”<sup>6.</sup>

Después, por demostración del lema tomado á su modelo, *la pluma no embota á la lanza*, mentó á las ilustraciones modernas de la Milicia de tierra y mar, trazando ligeros esbozos literarios seguidos de reflexiones y de comentarios por los que parece no ser nada escasos los conocimientos en el ejército, si bien no tanto brillan en otros ramos como en la poesía, objeto principal de la obra por confesión propia, hecha juntamente con la de la debilidad del autor *por los renglones cortos*.

El carácter de antología poético-militar que por ello entraña el libro, no empece, sin embargo, á las líneas esenciales del cuadro, ideado para muestra del nivel intelectual del ejército español, ó sea de la cultura y valer que representa dentro de la masa general de la nación, independientemente de su entidad en las profesiones especiales ó en el arte de la guerra.

Lejos de procurar el envanecimiento de los que visten uniformemente con los nombres deslumbradores de figuras reivindicadas para la familia, y más lejos todavía de entender que la benevolencia de la crítica sea peldaño para subir á la presunción<sup>7</sup>, claramente significa que no hay rama del saber humano á que no deba extenderse, ya que no se extiende, la cultura del Ejército; que tanto más útil, considerado y necesario será éste, cuanto más levante y extienda aquélla por sus institutos, sin medida; que no ya de conveniencia, sino de imperioso deber es intentarlo y conseguirlo.

Tal es la síntesis de *Letras y Armas*, preludeo á las tendencias con que el Sr. Vidart laboró durante el período vi-

vífico del Ateneo militar, promoviendo discursos, artículos, discusiones incesantes luminosas.

“La pluma no embota la lanza,” seguramente: no des-  
puntó á las de Lechuga, Coloma, Villalobos, antaño, ni el  
saber ha enmohecido á nuestra vista las espadas de D. Luis  
Fernández de Córdova, del Marqués del Duero, de D. Eva-  
risto San Miguel,—director que fué de esta Academia—bi-  
zarros en el campo, severos en el cuartel, ilustrados en el  
consejo, activos siempre, sin dejar de ser nunca pulcros y  
distinguidos.

“En esta tierra de hidalgos,  
¿No existe ya quien recuerde  
La sentencia de: *No quita*  
*Lo cortés á lo valiente* <sup>8?</sup>”

La distinción entre el espíritu militar y el militarismo,  
—que define por absurda exageración del primero,—es otro  
de los puntos dilucidados por el Sr. Vidart en el libro y en  
la cátedra del Ateneo referido, y no, en verdad, á la manera  
del Conde de Peñaranda, consejero de Guerra, que con mo-  
tivo de promociones y mercedes hechas por el rey Felipe IV,  
cuéntase dijo: “Señor: por las canas que tengo, me acuerdo  
llamaba antiguamente á Dios, su pueblo, Señor de los ejér-  
citos, y no Señor de los togados <sup>9</sup>.”

Creo, *e creder credo il vero*, que el soldado artillero de  
marras quema incienso puro al Señor de la paz y de la con-  
cordia, enseñando en la obra de *Reformas*:

“La ciencia militar tiene dos partes: la primera persigue  
el objeto de evitar la guerra, mediante la organización de  
los ejércitos para sostener el orden en el interior y el res-  
peto fuera. La segunda parte tiene por misión vencer en la  
guerra, dado que ésta no haya podido evitarse.”

En el capítulo de la instrucción militar, estimando con-  
veniente, por punto general, quitar el predominio de las Ma-  
temáticas, dándoselo á la Historia y á la Geografía, insiste

predicando las ideas de consorcio entre la Literatura y la Milicia, sin echar en olvido el admirable discurso de la venta, puesto en boca del Hidalgo manchego por el manco de Lepanto.

Ello es indisputable que no hay escuelas donde se difundan el arrojo, la energía, la serenidad, dones del Cielo, y que por sí ó por no será bueno tener también en la memoria el decir del epigramático abad de Toro <sup>10</sup>:

“Renombre más generoso  
Da la pluma que el acero;  
Que si no escribiera Homero,  
No fuera Ulises famoso.  
Menos el valor presume  
Si eternidades anhela;  
Porque si la Fama vuela,  
¿Quién la alcanzará sin pluma?,”

Me obliga la honradez á incluir entre las materias varias que han ejercitado al escritor presente, una más que no es, por cierto, de las que granjean popularidad. D. Luis Vidart, hijo de Madrid, ó mejor dicho, nacido en la villa que debiera llamarse *del toro* con más propiedad que *del oso*, en su creencia, mostrándose, por rareza, menos que afecto al espectáculo por antonomasia nacional, lo ha satirizado con repetición en verso y prosa <sup>11</sup>, siguiendo las huellas de Vargas Ponce, del Duque de Rivas, y aun de Jove-Llanos, autor de aquella frase que estimo oportuno repetir <sup>12</sup>:

“Las fiestas de toros son los eslabones de nuestra sociedad, el pábulo de nuestro amor patrio y los talleres de nuestras costumbres políticas. Estas fiestas, que nos caracterizan y nos hacen singulares entre todas las naciones de la Tierra, abrazan cuantos objetos agradables é instructivos se pueden desear: templan nuestra codicia fogosa; ilustran nuestros entendimientos delicados; dulcifican nuestra inclinación á la humanidad; divierten nuestra aplicación laboriosa, y nos preparan á las acciones generosas y magnáni-

mas. Todas las ciencias, todas las artes concurren á porfía á perfeccionarlas, y ellas á porfía perfeccionan las artes y las ciencias. „

Acabáis de oír á mi patrocinado abogando, modesto y metafísico, por la monografía, en la inteligencia de ser único medio para constituir la ciencia histórica. El tema no es casual ni elegido entre los que pudieran fijar vuestra atención al inaugurar sus tareas académicas: muy cerca de treinta años ha, en el libro citado escribió:

“Puede decirse que la crítica histórica, comprendiendo bajo este nombre el conocimiento discursivo y reflexivo de todas las direcciones biológico-humanas, bajo unidad superiormente conocida, ha nacido en nuestros días, y en España aún son muy pocos los trabajos históricos que pueden llenar cumplidamente los fines exigidos por la ciencia moderna <sup>13</sup>.

„Las monografías eruditas son la necesaria base para que un día puedan historiarse con la debida extensión las manifestaciones de la nacionalidad española en las tres esferas de la actividad humana, la Religión, la Ciencia y el Arte <sup>14</sup>.„

Probaría por sí sola la reminiscencia, ser esta disertación de audiencia pública como el vidrio azogado que refleja objetos ante los que se pone, si con las observaciones que voy á permitirme ligeramente no resaltara el lógico encadenamiento de ideas arraigadas.

Reparad en las involuntarias digresiones alusivas á la unidad política, complemento de la unidad natural, física y etnográfica de la Península Ibérica. Nada tienen que ver con la tesis desarrollada; responden al pensamiento de antiguo sostenido con los estudios de la literatura portuguesa, de la historia particular del pueblo vecino y de los enlaces con la nuestra, por donde se evidencia la obra colectiva de la gente ibera en los progresos de la civilización, á que contribuyó con el descubrimiento y registro de dos tercios del

globo terráqueo; descubren la aspiración contenida por el respeto á opiniones contrarias, siquiera aleguen éstas por sostén susceptibilidades, disimuladoras quizá de causas más hondas é influentes en el corazón humano.

Reparad también en la contradicción aparente del poeta que abomina los encantos de la leyenda, antepuesto el criterio de historiador al calificar de joyas falsas las tradiciones populares, cuando apoyó no tienen más que en la afirmación del vulgo ó en la acogida de ilusos que las proclaman bellezas de la Historia.

Bellezas, en efecto, de la epopeya, del cantar de gesta, de las trovas enderezadas al laudable fin de grabar entre turbas indoctas la memoria de sucesos en principio reales, que se perdieran sin el barniz heroico protector, á falta de cronistas que empezaran á recogerlos por escrito. Seudobellezas desvanecidas por la razón, al modo que disipa el calor de los rayos solares á los fantasmas fingidos en el horizonte por la bruma en ausencia del astro.

Justifícase tal contradicción con las declaraciones del poeta mismo en el discurso, señalando entre las hijas de Júpiter y Nemosina predilecta á la *musa de la Verdad*, que es la musa de la Historia, dice, reformando un poquito el coro febeo de los clásicos.

En cuanto al amor, culto más bien á esa diosa, musa ó lo que sea, sobran pruebas de consecuencia en los escritos del Sr. Vidart. Léese en uno dedicado al afecto más puro <sup>15</sup>:

“La desinteresada investigación de la verdad es á modo de plegaria que elevamos al Omnipotente en demanda de mejoramiento en las condiciones de la existencia.”

En otro lugar:

“Si la razón humana no sirve para encontrar una primera verdad, fundamento de todo juicio racional, imposible será la certeza en ninguna ciencia segunda <sup>16</sup>.”



Por fin, ó para el fin, tiene esculpido de antemano epitafio que principia:

“Yo, Luis Vidart, difunto y ya enterrado,  
Con muda voz que la verdad inspira,  
Digo á los que esta tumba contemplaren...”

Lo inspirado no hace al caso por de pronto; viene á ser manifestación influyente en el crédito de los biógrafos que lo admiten sin beneficio de inventario.

“Si me preguntan,—expresa uno,—cuál es la característica en las obras de este autor, no dudaré en asegurar que es el instinto y el espíritu de la verdad <sup>17</sup>.”

El de *La fe del siglo XX*, por comunicación acaso con el mismo espíritu, estampó <sup>18</sup>:

“Vidart desdeñaría el dominio del mundo entero por descubrir un nuevo punto luminoso en el cielo de la verdad.”

En realidad de verdad, digo yo, no descienden los referidos biógrafos, más que el biografiado, á la explicación de lo que consideran, ni aun á clasificar á la verdad seguida de adjetivos, desvaneciendo dudas.

Los antiguos filósofos paganos presentaban á la quisicosa de dos maneras: en pintura, que hoy perseguiría al amparo de la ley la “Sociedad de Padres de Familia”, ó escondida en el interior de un pozo. Los modernos, desdeñando el simbolismo, han multiplicado las apreciaciones tanto, que dificultoso será escoger la exacta, por no decir la verdadera.

En el sentir de Alfonso Karr, la verdad es inverosímil.

Emerson la ponía en manos del ángel custodio de la cuna.

Hein se jactaba de haber batido las cataratas á la humanidad, librándola de tal estorbo.

Tolstoï ha descubierto una distinta de la que reverenció en la mocedad.

D. José Echegaray..... Léase su discurso de recepción en la Academia Española.

Taine, que al decir de los trasmontanos señaló derrote-

ros ignorados á la Historia, habiendo prohiado á la *verdad verdadera*, recomendó en la última hora su relegación.

Turguenef la niega resueltamente. Hállase en este mundo la palabra, piensa, pero la cosa no.

Por ello, sin duda, no la encontró Zola buscándola acompañado del Dr. Pascal en los experimentos de la ciencia, y exclama en el *Discurso á la juventud*: “ ¡ Basta de verdad!... Dadnos la quimera: tendremos reposo cuando soñemos con lo que no existe, cuando nos abismemos en lo desconocido...”

No aparece la entidad en la fraseología popular más amable que en la de los grandes pensadores; tildada, deshonesta; gustada, amarga; preconizada, cuando más, recurso medicinal de forzoso tragar. No es mucho que, alabada que sea la Verdad *pro formula*, lo mismo que á su hija la Justicia, se quiera en casa ajena desterrándola de la propia. Buen intérprete del sentimiento que palpita en el alma, ha cantado el poeta del buen humor <sup>49</sup>:

“Malhaya el que á la verdad  
Condenó sin caridad  
A perpetua desnudez  
Que puede ser candidez  
O puede ser liviandad.  
»Si traje propio tuviera,  
Mejor se la conociera;  
Más respeto inspiraría  
Y menos la vestiría  
Cada cual á su manera.”

El hecho es que, con no más penetrante curiosidad que la del aseado Procurador de Judea por conocerla <sup>20</sup>, divagan muchos revolviéndola entre las ideas absolutas que el hombre no sabe definir, á todas las cuales pudiera aplicarse lo que decía San Agustín con referencia al tiempo y al espacio <sup>21</sup>: “ Cuando nadie me lo pregunta, sé muy bien lo que es; pero me entero de que no lo sé cuando se trata de explicarlo.”

Esto en lo general ; en lo circunscrito á la verdad histórica, el Sr. Vidart, contrario á la opinión de los escépticos sostenedores de que toda verdad es relativa, y todavía más á la paradoja de ser la Historia vasta conspiración para desfigurarla, reconoce los tropiezos que embarazan su esclarecimiento <sup>22</sup>, comedido, bastante más que un joven que avanza con paso rápido por la senda recta y ha consignado sin ambages que “la verdad histórica absoluta es una aspiración generosa, pero nada más que una aspiración ; todo cuanto es dado á quien acaricia este ideal, es una aproximación tímida hacia su objeto <sup>23</sup>.”

Cosas distintas son el concepto de la Historia y el método que ha de hacerla maestra de la vida, sobre las que discutir acertadamente nuestro amigo, acudiendo á la autoridad de literatos antiguos y modernos, compatriotas y extraños, aplicadas las deducciones al estado actual de los conocimientos, á las investigaciones de hechos sólidamente comprobados con datos ó con documentos incontrovertibles. Claro es que á la luz progresiva que diferencia como historiadores á Sampiro de D. Gonzalo de la Finojosa, del canciller López de Ayala, del P. Mariana, y que alumbró insuficientemente todavía á D. Modesto Lafuente, dadas las exigencias con la luz misma ensanchadas, determina de momento las necesidades:

“Cámbianse los tiempos; múdanse las horas.”

Ha indicado separadamente las cualidades que, á su juicio, debe reunir el buen historiador, marcando entre ellas la de eruditísimo, porque la erudición, escribe, es la primera base del conocimiento histórico; pero al propio tiempo ha de ser también sagaz crítico y profundo pensador, porque sin la crítica, que analiza y separa el fruto alimenticio de la dañosa cizaña, y sin el pensamiento, que abarca y sintetiza los últimos resultados del análisis crítico, la erudición queda

reducida á informe masa de datos, documentos y noticias curiosas que no constituyen ni podrán constituir nunca obra verdaderamente histórica. Y además de erudito, crítico y pensador ha de ser artista el literato que pretenda crear una obra histórica en que la proporcionalidad razonada y su orden lógico produzcan la emoción estética que sienten los lectores de los libros de ciencia cuando estos libros están *bien hechos*, como vulgarmente se dice <sup>24</sup>.

No redundara añadir que si en la edad de Plinio cabía el apotegma, *Historia quoquomodo scripta delectat*, ya que no se imite hogaño la sobriedad insuperable de Tácito, convendráen todo evento tener á la vista los ejemplos de Hurtado de Mendoza y de Bartolomé Leonardo de Argensola, como historiógrafos, enemigos de oropeles y adornos innecesarios, no haga el abuso de la erudición á la historia ó la monografía comparables con la recolección del azafrán.

Vienen, como sabéis, de la campaña, doncellas y muchachos, trayendo sobre la cabeza sendas canastas colmadas de flores irídeas <sup>25</sup>. Llegan cantando, alegres los sentidos con la fragancia de la carga liviana. Separados los estambres, aplicables á la química culinaria, ellas, las chicas, tejen coronas y guirnaldas con las hojas; se adornan, se perfuman, semejando ninfas; ellos, convertido en campo de batalla el aposento, se arrojan los frangibles proyectiles embriagados con el aroma; nada más regocijado que la escena. El día siguiente vuelven á la tierra mustios, en montón, los dones de Flora; se hace entonces cómputo del producto: resulta en adarmes la substancia útil.

Ahora, el disertante que ha tratado de utilidad de las monografías, empieza rindiendo la suya á la Academia en anticipo con la memoria dedicada á D. Vicente Vázquez Queipo en apéndice del discurso. Acordasteis, por honra de los muertos, que en adelante busquen y reunan los elegidos datos bastantes para conocimiento de la persona, de las obras nota-

bles y del lugar de reposo del que reemplacen en la silla; però el acuerdo es reciente, no le obligaba al trabajo en que elogio las excelentes cualidades del matemático, del sapiente colega pasado á mejor vida. Acrecienta el Sr. Vidart, habiéndolo acatado, su colección de semblanzas; inicia la serie de necrologías de la Academia, haciéndose acreedor al agradecimiento que le significo complacido, en vuestro nombre, tras esta taracea discursiva. — HE DICHO.





## NOTAS

1 Los principales que conozco son :

- Angelo de Gubernatis: *Dictionnaire international des écrivains du jour.*  
(Florencia, 1891.)  
L. A. Palmeirin: *Portugal y sus detractores.*  
José Simoes Dias: *A Hespanha moderna.*  
José Almirante: *Bibliografía militar.*  
José Navarrete: *Apuntes crítico-biográficos.*  
Miguel A. Espina: *La Civilización y la Espada.*  
Francisco Barado: *Literatura militar.*  
Manuel Seco y Shelly: *La pluma y la espada.*  
Eusebio Martínez de Velasco: *Apuntes biográficos.*  
Modesto Navarro y Pedro A. Berenguer: *Notas de historia militar.*  
Alfonso Ordax (?): *Apuntes biográficos.*  
El P. Francisco Blanco: *La Literatura española del siglo XIX.*  
Miguel Carrasco Labadía: *Noticias biográficas.*  
Fernando de Antón (hijo): *Un artillero escritor.*  
José Alcalá Galiano: *Un artillero polemista.*  
Armando Palacio Valdés: *Los oradores del Ateneo.*  
Juan Pérez de Guzmán: *Cancionero de la Rosa.*  
Emilia Pardo Bazán: *Correspondencia en la Revista Ilustrada de Nueva York*, número del mes de Abril de 1892.

2 Ha escrito y publicado el Sr. Vidart biografías de :

- Alonso de Ercilla.  
Garcí-Lasso de la Vega.  
El Duque de Alba.  
El Cardenal Cisneros.  
Diego Hurtado de Mendoza.  
Cristóbal Colón.  
Vasco Núñez de Balboa.  
Hernando de Soto.  
El P. Las Casas.  
El P. Feijóo.  
Luis Vélez de Guevara.  
El Marqués de Santa Cruz de Marcenado.  
Vicente de los Ríos.  
El Duque de Rivas.  
Pedro Sáinz de Baranda.  
Francisco Villamartín.  
Javier de Salas.

El Brigadier Aparici.

El Doctor Juan Ginés de Sepúlveda.

Luis de Camöens.

- 3 El P. Francisco Blanco: *La Literatura española del siglo XIX*, antes citada.
- 4 D. Francisco Barado: *Literatura militar española*, citada asimismo.
- 5 Anónimo: *Revista Contemporánea*, 30 de Abril de 1893.
- 6 Poesía de D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, dedicada al coronel Marqués de Casa Arizón.
- 7 "Es prudente, sensato y comedido. Como crítico al día, usa un criterio benevolentísimo." (El P. Blanco.)  
"Sus condiciones como crítico tienden á la benevolencia para todo el que tra. baja, máxime cuando éste empieza á hacerlo." (D. Alfonso Ordax.)  
"Es exquisita la bondad de su alma." (D. Francisco Barado.)  
"Se dice que la crítica de Vidart es tan benévola que se convierte en un perpetuo elogio." (D. José Navarrete.)
- 8 Poesía de D. Fernando de Gabriel á Fernán Caballero, transcrita por el señor Vidart en su antología *Letras y Armas*, segunda edición, pág. 402.
- 9 Jerónimo de Barrionuevo: *Avisos*, tomo I, pág. 70.
- 10 D. Gabriel del Corral, poeta del siglo XVII.
- 11 *Ateneo científico, literario y artístico de Madrid. La España del siglo XIX. Las corridas de toros y otras diversiones populares*. Conferencia por D. Luis Vidart.—Madrid, librería de D. Antonio San Martín, 1887.—Carta á D. José Navarrete, publicada en *La España Moderna*.—*Biografía del Duque de Rivas*. En verso ha escrito: ¡ *A los toros!* ¡ *A los toros!*, romance inserto en un *Almanaque de El Correo Militar*, y las *Escenas de un Centenario*, en el número-homenaje de *La Ilustración Militar*, que vió la luz en el mes de Diciembre de 1884.
- 12 Se escribió este discurso en los días de la muerte en plaza y entierro procesional del diestro nombrado por alias *el Espartero*, acontecimiento en Madrid que repercutió en Sevilla.
- 13 *Letras y Armas*, segunda edición, pág. 95.
- 14 *Idem* íd., pág. 79.
- 15 *Los biógrafos de Cervantes en el siglo XVIII*, Madrid, 1886. Dedicatoria á su hija Isabel, muerta á la edad de diecinueve años.
- 16 *Letras y Armas*, segunda edición, pág. 226.
- 17 D. Fernando de Antón (hijo): *Un artillero escritor. Revista Contemporánea*, 15 Abril 1893.
- 18 D. José Navarrete: *El capitán de artillería D. Luis Vidart*.
- 19 D. Manuel del Palacio: *Chispas*.
- 20 San Juan: Evangelio, cap. XVIII, vers. 38.
- 21 *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Francisco Silvela el día 30 de Abril de 1893*, pág. 12.
- 22 D. Luis Vidart: *Los aciertos del Sr. Pinheiro Chagas y los errores del señor Harrise (apuntes críticos)*, Madrid, 1893.
- 23 D. Carmelo de Echegaray: *Investigaciones históricas referentes á Guipúzcoa*. San Sebastián, 1893, pág. 321.
- 24 *Los aciertos del Sr. Pinheiro Chagas y los errores del Sr. Harrise*, antes citado, pág. 41.
- 25 De la planta llamada entre botánicos *Crocus sativus*, según lección de mi amigo D. Marcos Jiménez de la Espada.











